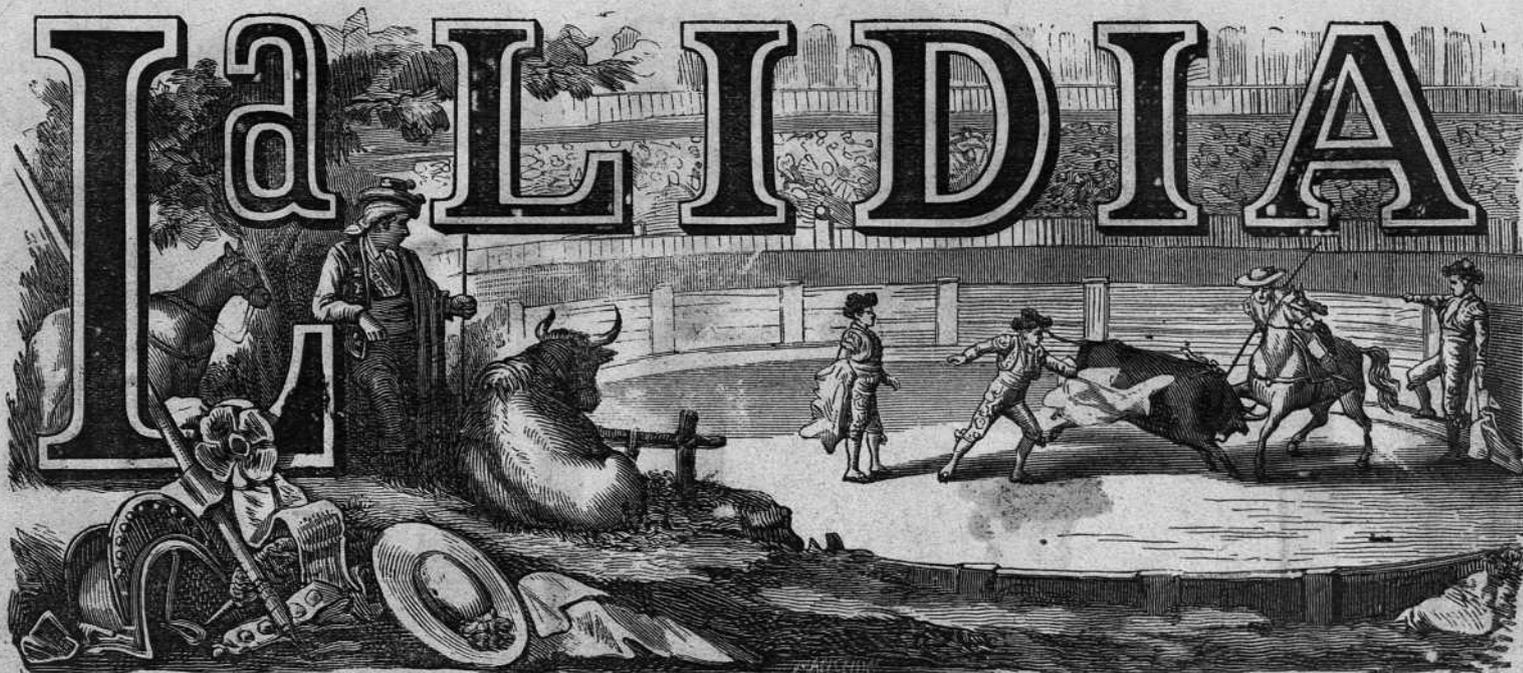


NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.



REVISTA TAURINA.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.
 Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

PRECIO PARA LA VENTA.
 25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5

La correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO.

Los brutos del día, por Don Jerónimo.—La semana, por D. J.—
 Revista de toros (9.ª corrida de Abou), por Don Jerónimo.

LOS BRUTOS DEL DÍA.

(A propósito de la cogida de Frascuelo.)

Como es natural, la última cogida de Frascuelo en Barcelona, y las consecuencias que pueda acarrear para el porvenir del afamado diestro, han sido objeto de muchos comentarios y constituido la preocupación de los aficionados durante la última semana.

Hay un hecho fuera de toda discusión, y es que sólo una vergüenza torera llevada a la exageración, una vergüenza mal entendida por el diestro y peor pagada por la mayoría del público, ha producido la desdicha que todos lamentamos.

Si Salvador hubiese rechazado, como era su deber, los toros de Zapata lidiados el jueves 17 del actual en Barcelona, esa negativa hubiera evitado la desgracia.

Matadores como Rafael y Salvador, no están para matar cuantos toros salgan de los chiqueros, sin distinción alguna de ganaderías, como Gayarre y Masini no están para cantar las óperas de su repertorio con los artistas que se le antoje a cualquier industrial que quiera ahorrarse unos cientos ó miles de pesetas.

Lo menos que pueden exigir Lagartijo y Frascuelo, es que los toros sean de cartel en la Plaza de Madrid. Eso es lo que hace, según noticias, Rafael, con muy buen acuerdo, y eso es lo que ha debido hacer Frascuelo en la ocasión presente.

Las reses de Zapata pertenecían a una vacada completamente desconocida, y es probable que hayan costado muy poco dinero a la Empresa.

Salvador debió haberse negado a torearlas, mucho más habiendo en Barcelona toros de Ibarra, que son de cartel; pero como el valiente matador no se preocupa poco ni mucho de esas cosas, dió su beneplácito, toreó la corrida, y ya se han visto las consecuencias.

Se nos objetará que si los toros de Zapata no hubieran causado daño alguno, no habríamos dicho una palabra. Contestaremos que nosotros nos enteramos de lo que pasa en Madrid, y no sabíamos ni sabemos cuál es el ganado comprado por la Empresa de Barcelona; pero, prescindiendo de esto, no ocurrió desavío alguno en Madrid en la famosa corrida acática de 29 de Abril último, y si hubiese ocurrido, sabe Dios los horrores que se hubiesen dicho sobre el responsable ó los responsables de que se verificara la corrida!

Si hombre prevenido vale por dos en las contingencias de la vida, toda previsión es poca, tratán-

dose de un espectáculo donde la existencia de varios hombres depende del más insignificante azar.

Y sube de punto la necesidad de todas esas provisiones, cuando se observa la radical transformación que se está operando en el arte de torear en estos últimos tiempos.

No vale ocultarlo; la parte conmovedora, la parte dramática, aquella que despertaba en el espectador emociones fuertes, y ponía en tensión sus nervios, á la vista del peligro inminente y del constante riesgo, salvados por un valor á toda prueba, va desapareciendo á pasos agigantados, y, lo que es mucho peor, perdiendo todo interés y constituyendo para el lidiador de pundonor y de guapeza, un timbre de brutalidad.

Torero valiente y torero bruto, son hoy día sinónimos. El general herido en el campo de batalla, no es hoy un valiente, es un bruto.

El ideal de las batallas de hoy va siendo el disparar con pólvora sola, esquivar el riesgo por todos los medios imaginables, huir del peligro apelando á cuantos recursos sugiere la prudencia llevada á sus últimos límites, y convertir el espectáculo nacional en brillantísima capea de pueblo llena de recortes, cuarteos, escorzos, desplantes y gentilezas, donde se miran tan sólo los efectos despreciando las causas; donde una suerte de adorno cualquiera, ejecutada ganando la cabeza á la res, produce tanto entusiasmo, por no decir más, que una estocada dada con las reglas del arte; donde una espada que ha mechado un toro, oye un aplauso general si lo descabella al primer golpe; donde, por decirlo de una vez, se ha entronizado la parte exterior, superficial y falsa del espectáculo, y ha relegado á la penumbra aquello que antes daba al matador de toros supremacía indiscutible: el valor, la serenidad y la inteligencia; la seriedad en una palabra.

La suerte de matar es hoy suerte secundaria; matar un toro ha quedado reducido á lucirse el matador con la muleta; arrancarse, sea como quera, y dejar el estoque en el cerviguillo del animal.

La manera de herir importa poco; lo que interesa es que se hiera bien ó mal, con tal de que se haga pronto y sin riesgo alguno. Y basta que un matador ejecute un bonito desplante durante la lidia, para que nadie se acuerde de que se ha mostrado azarado, cobarde ó ignorante al estoquear el toro anterior, y para que el público, con sus palmas insensatas, le demuestre que estima en más una media verónica, una patadita en el hocico ú otra monadada cualquiera, que un toreo de muleta serio y eficaz, y una estocada consumada con arte.

La cuestión es bullir, recoitar, cuarteo, saltar y brincar; la cuestión es llevarse un toro de un extremo á otro de la plaza jugueteando con él, moliéndolo, aspeándolo y reventándolo, aunque el picador á quien se ha hecho un quite innecesario se encuentre en su domicilio; la cuestión es descomponer y aplomar á los toros antes de que el matador salga de los estoques; la cuestión es, en fin, divertir

al público á toda costa, sin exposición de ninguna clase para el torero.

Montes, que sufrió más de treinta cogidas, sería hoy un bruto, Pepe Illo y Curro Guillén, que murieron en las astas de dos toros, serían hoy dos cafres, Manuel Domínguez un zultú.

Curro Cúchares y el Gordito: he aquí la flor y nata del toreo de hoy, ellos son los dioses del oficio. No recibieron cornadas, y esto basta para asignarles un lugar preeminentísimo en los sensiblistos corazones de los aficionados de hoy.

Tal es el bello ideal del arte hodierno; á ese grado de decadencia ha llegado el toreo de los Pepe Illo y Montes, y así estaremos hasta que un torero del porvenir encauce de nuevo la profesión, y le preste los requisitos de virilidad y de fuerza, de sangre torera, de seriedad y de arte, de que hoy carece casi en absoluto.

Librenos Dios de censurar á los toreros actuales; el público los aplaude á rabiarse cuanto más se apartan de la seriedad del arte, y ellos van donde el público los llama. En medio de todo, los crecidos sueldos que exigen los diestros, por su *diversida* trabajo, salen de los bolsillos del público, y tontos de capirote serían los toreros si se metiesen á redentores.

Nuestro objeto, al hacer estas reflexiones, obedece únicamente al propósito de señalar á la atención de los historiadores y críticos de mañana, un período histórico de suma importancia y de comentar los comentarios á que generalmente da motivo la última cogida de Salvador.

Tarde es ya para que el valiente matador cambie de conducta; pero si estuviera en nuestras manos sugerirle un tranquillo, una ventaja evidente para deshacerse de los toros sin exposición alguna, en Dios y en nuestra ánima que le aconsejaríamos su adopción, en bien suyo, en el de su familia y en el de la inmensa mayoría de los aficionados de hoy.

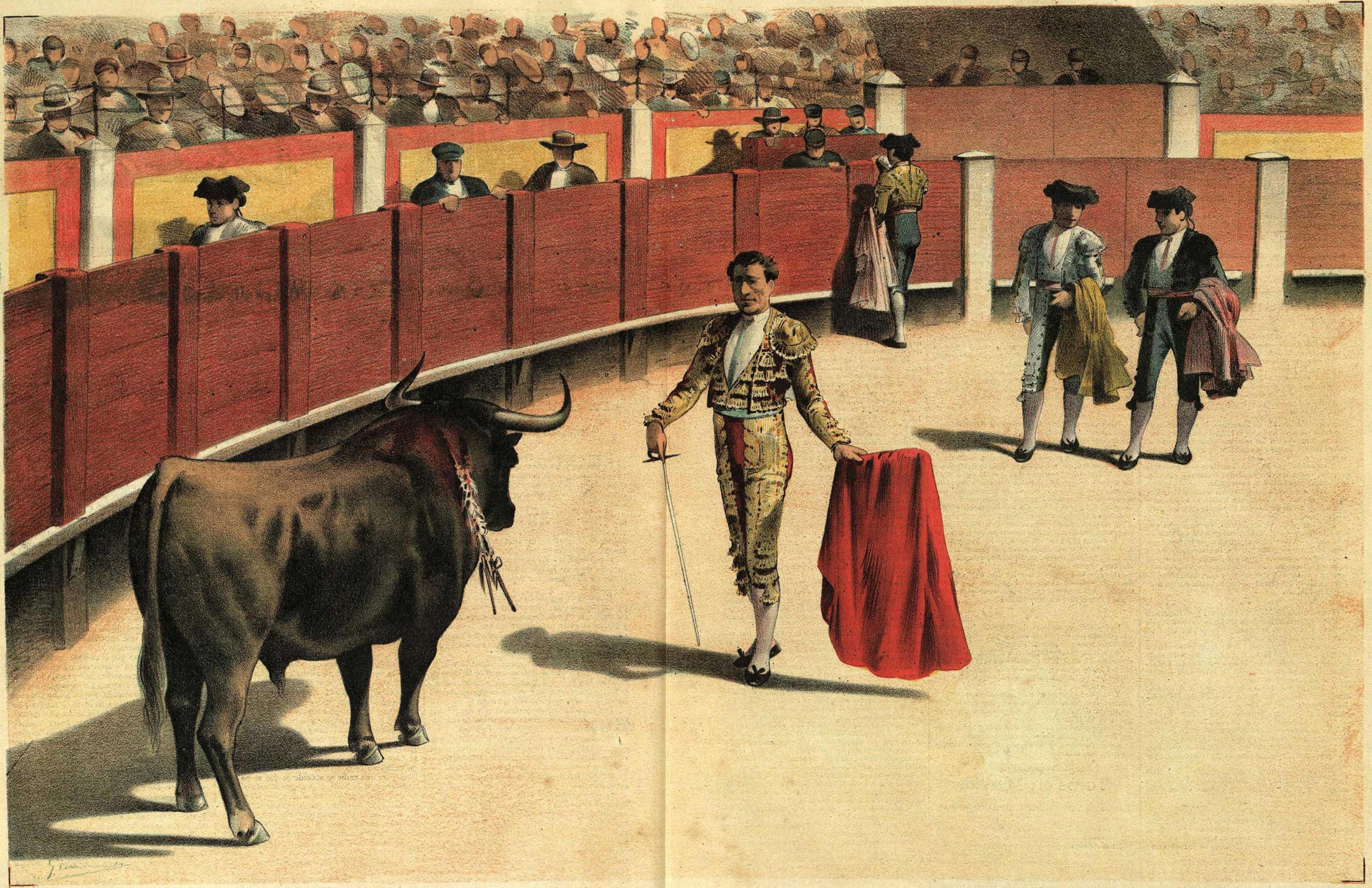
Ser arrojado; tener vergüenza torera, cumplir con las empresas y con el público dando un diestro todo cuanto puede dar de sí, después de veinte años de lucha cruenta é incesante, y con el cuerpo hecho un barómetro, y ser calificado de *bruto* por recibir una herida honrosa, gloriosamente en el campo de batalla... francamente, se necesita llamarse Salvador Sánchez Frascuelo, para estar decidido á perseverar en esas *brutalidades*, teniendo, como tiene él, bienes de fortuna, familia que le adora, aficionados que le admiran, amigos que le quieren, y un nombre inmortal en la historia del toreo.

Porque hay que saber, y lo anunciamos con toda satisfacción, que los cuidados del maestro doctor Alcaide de la Peña, y la portentosa naturaleza del diestro, realizarán de nuevo el milagro de alargar la carrera de Salvador.

Con entereza inconcebible ha soportado las curas de la herida, sin exhalar una queja, más muestras de dolor que una violenta contorsión de los labios.



LA LIDIA.



Preocupado y sombrío al principio, como no lo ha estado jamás probablemente tratándose de las demás cornadas que *esmaltan* su cuerpo, ha ido animándose por momentos al ver que los músculos flexores de los dedos de la mano derecha, adquirían paulatinamente holgura y movimiento.

Apenas ha tenido fiebre, con el horrible agujero abierto en la muñeca derecha, que dejaba al descubierto los destrozos de la cornada aumentados por enorme inflamación.

El doctor Alcaide de la Peña no conoce en medicina el *toreo de adorno*; practica el método experimental, y lo aplica al herido, cuya increíble naturaleza hace lo demás.

Salvador volverá, pues, á la plaza; volverá á torrear y á cumplir sus compromisos con las empresas y con los públicos.

Y si su adversa suerte le postra de nuevo en cama con una herida más (lo cual Dios no permita), diez aficionados exclamarán:

—Ah, valiente!

Y diez mil villamelones contestarán:

—Valiente brutal!

Y un tal Cervantes pondrá en boca de D. Quijote aquellas nobles palabras que el dechado de caballeros dirigía á Sancho, después de la aventura de los yangüeses:

—Las heridas que se reciben en las batallas antes dan honra que la quitan.

DON JERÓNIMO.

LA SEMANA.

La GRAN corrida extraordinaria.—El ayudante de Prim y el rey de Suecia.—Cogida del Espartero en Ronda.—La suspensión de la corrida.—Una redada.—El rey de los suecos, y el monarca de los cordobeses.—Las prisas de la Empresa.—Lagartijo comparsa, y Guerrita figura decorativa.—La importancia del Espartero.—El despacho de billetes.—Diagnóstico y pronóstico.—Reclamación de haberes.—El Espartero y un tal Lagartijo.—Las corridas Valencia.—Telegramas con vistas á la calle.

Después del estado de Frascuelo, la suspensión de la corrida extraordinaria, de la GRAN corrida extraordinaria, como decían los carteles, anunciada para el jueves último, ha sido la comidilla de toreros y aficionados.

Y en verdad que ha habido motivos para comentar la cosa, dadas las circunstancias realmente extrañas que han acompañado á la suspensión.

Estaba anunciada la corrida con toros de González Nandín, que debían estoquear Rafael, el Espartero y Guerrita, y servir de *debut* al Espartero en la temporada actual.

La *Correspondencia de España*, en un suelto que oía á Empresa desde leguas, comunicó á los atónitos madrileños: Primero, que el ganadero de las reses que debían lidiarse en dicha corrida, había sido ayudante del malogrado general Prim; y segundo, que el rey de Suecia, nada menos, había manifestado deseos de presenciar nuestra fiesta nacional, y que, hallándose de paso en Madrid el citado jueves, honraría con su asistencia la función.

Pero el tricorno M. R. F. propone, y el Espartero dispone. El temerario espada sevillano toreó en Ronda el lunes, y sufrió, en la muerte de su primer toro, un puntazo leve en el muslo derecho.

Telegrafió el Espartero á la Empresa lo ocurrido, y cataplín! el triságio M. R. F. dispuso inmediatamente la suspensión de la fiesta con autorización del Gobernador de la provincia, según se apresuró á hacerlo constar en los carteles.

Y que no fué redada la que agarró el augusto tritono! El rey de Suecia, el ex-ayudante del malogrado general Prim, los abonados, el público, Lagartijo y Guerrita! Y el que quiera más, que levante el *debut* de los abonados y del público no hay que hablar, porque ya se están *yasiendo* á las genialidades heteróclitas del tresillo M. R. F., y una más importa poco.

Los toros del Sr. González Nandín se correrán otro día, y por este lado, no es más que cuestión de paciencia.

Pero en lo que atañe al rey de Suecia y á Rafael Molina Lagartijo, hay que instrumentar un poco este asunto, porque tiene fases muy curiosas *per se* y *per accidens*.

El triptongo M. R. F. puede jactarse de haber medido por el mismo rasero y envuelto en el desprecio más soberano á dos Majestades europeas: la del Rey de todos los suecos, y la del Monarca de todos los cordobeses.

Su Majestad Oscar II, había manifestado deseos vehementes de conocer nuestra fiesta nacional. Nada más fácil; el jueves pasaba por Madrid, y, para el jueves precisamente, estaba anunciada la GRAN corrida extraordinaria de toros, con Lagartijo, el Espartero y Guerrita.

Pero cae herido el Espartero, y la Empresa, con una prisa inexplicable, suspende la función, como si la herida del joven matador sevillano hubiera quitado á la trébedes M. R. F. un gran peso de encima.

Qué significa ese acto de violencia? Pues da á entender sencillamente que, para la conspiciosa terciaria M. R. F., el Espartero era el único gancho con que contaba para llamar al público á la fiesta.

Para ella, Rafael Molina, maestrísimo torero, dechado de aplomo, de garbo y de elegancia, ídolo del público de Madrid y lidiador sin rival para causar la admiración de un rey extranjero, no significaba nada, era un cero á la izquierda, estaba de comparsa en el cartel para servir de acompañamiento á Manuel García.

Y Guerrita, el hijo de su padre en el toreo, el mozo apuesto, valiente, osado y aplaudido, el niño mimado de la Plaza de la corte, era otro cero á la izquierda, otra figura decorativa destinada á dar la *réplique* al Espartero.

**

Porque, no cabe dudarlo, en el mero hecho de dejar por puertas la Empresa á Lagartijo y á Guerrita, por la circunstancia de no poder tomar el Espartero parte en la corrida, hácese clara y patente la importancia excepcional que tenía para ella la intervención de Manuel García, y el ineficaz despego con que miraba el concurso que prestaban en la función Lagartijo y Guerrita.

Y sinó, por qué no organizó la corrida sustituyendo al Espartero con otro matador? No son Rafael I y Rafael II, como sus partidarios los llaman, elementos sobrados para dar lustre y esplendor, y prestar atractivo á una corrida de toros? No bastarían ellos solos para llamar gente á la plaza? Y, sobre todo, no había medios para complacer al rey de Suecia, organizando una corrida con los dos aplaudidísimos toreros cordobeses?

Todo eso podía haberse verificado, pero no solamente se ha desistido de ello, sinó que, con apresuramiento injustificable, se ha deshecho la corrida extraordinaria, porque el despacho de billetes presentaba síntomas alarmantes, según se asegura, y tomando el pulso al enfermo, se diagnosticó una tisis galopante, y se pronosticó inevitable muerte.

Y ante tal porvenir, mandó la Empresa á freir espárragos á Lagartijo y á Guerrita, y comió el trifulco M. R. F. un acto de adulación con el rey de Suecia, haciéndose el sueco ante los deseos de Oscar II.

**

Parece ser que tanto Lagartijo como Guerrita pensaron hacer valer sus derechos y reclamar sus haberes por la corrida suspendida, no *por orden* del Gobernador civil comunita á la Empresa, sinó *con autorización* de la superioridad recabada por los empresarios.

El caso era, en nuestro concepto, indisontible; y tanto Rafael como Guerrita estaban en lo justo al pedir aquello de que se les había despojado sin razón alguna; pero dícese que la cosa se ha arreglado prometiéndole la Empresa á ambos sendas corridas extraordinarias que se verificarán probablemente cuando el tiempo y el despacho lo permitan.

Y así ha terminado esta odisea de la GRAN corrida extraordinaria anunciada para el jueves último. El rey de Suecia se irá sin ver toros en Madrid, y á Rafael le cabrá el consuelo de saber que para el trígono M. R. F., Manuel García, el Espartero, vale más, mucho más, que un tal Lagartijo.

De como se aprende todos los días algo nuevo, y de cómo estamos abocados á grandes enseñanzas mientras rija nuestros míseros destinos tauromáquicos el monumental trisilabo M. R. F.

**

De las últimas corridas de Valencia, las noticias son pésimas con respecto á ciertos particulares sobre los cuales queremos guardar silencio.

No somos, ni seremos, gracias á Dios, de los que gustan de atizar la leña sistemáticamente entre toreros; no somos de los que corregimos partes *ad usum delphini*, ni de los que publicamos lo bueno y nos tragamos lo malo.

Y ya que tocamos esta tecla, bueno será advertir á algunos corresponsales incógnitos que nos dirigen despachos telegráficos á diestro y siniestro, que no gasten en balde tiempo y dinero.

Cuando manden partes á varios destinatarios, pueden borrar LA LIDIA, sin escrúpulo, porque no hemos de publicar jamás ninguna de esas circulares telegráficas con vistas á la calle.

D. J.

Toros en Madrid.

9.^a CORRIDA DE ABONO. 27 DE MAYO DE 1888

El trífitero M. R. F. va á hacerse célebre en los fastos empresariales de la villa y corte de Madrid.

De la corrida de ayer conservaremos memoria perdurable los míseros abonados, como la conservamos de otras que el incomparable tritópide ha perpetrado en lo que va de temporada.

Vamos á reseñar sumariamente el ciclón taurino de ayer tarde. El ganado pertenecía al Sr. González Nandín, y era el encerrado para la GRAN corrida extraordinaria de que nos ocupamos en nuestro artículo *La semana*.

Rompió plaza un toro buen mozo, de libras y sin cuernos (y va uno), fué incierto y tardo, tomó seis varas y mató dos caballos.

Llegó apurado á banderillas y lo parearon el Torerito y Manene con tres pares efectivos y uno nominal, que clavó el Torerito en el suelo, saliendo además embrocado, y Rafael, que se encontró con un animal tan aplomado que sólo se defendía con la cabeza, largó cuatro pases y tres medios, y disparó de huida media estocada; siguió con un pase y cinco medios y volvió á disparar, echándose fuera como en la anterior, otra media ida y delantera, estando el toro tapado en las tablas. El matador salió de estampía abriendo todo el regulador á los pies. Faena tan poco lucida precedió á cien capotazos y doce medios pases, tras los cuales acertó Lagartijo á la primera, alcanzando la maestría del puntillero una semiavocación que compensó el silencio absoluto con que se había acogido la faena del matador de toros. A otra cosa, y no hay más que hablar por ahora de Lagartijo, sino hacer constar que recortó con gran elegancia al toro durante el primer tercio y escuchó por ello muchos aplausos.

El segundo toro, de libras y sin cuernos (y van dos), fué topón y blando, tomó nueve varas, dió un tumbo é hi rió un caballo.

Estando reservón y con pies, lo parearon con fatigas á la media vuelta, Currinche con dos pares altos, y al cuarteo Antolín, con uno bastante malo.

Al salir el animal el viento descubría á los peones, que se arrimaban con gran recelo, por lo cual Cara-ancha abrióse de capa y parado, y con mucha valentía, le dió dos verónicas y una havarra, que fueron muy aplaudidas.

En la muerte del bicho estuvo José valiente con el trapo y con mucha voluntad (el toro estaba aplomado pero sin defenderse), pero incierto, desconfiado y cagteando más de lo necesario al herir, por lo cual pinchó cinco veces, dos en hueso, dos en lo alto y una en el pesuezo (sin soltar). Como se vió en él voluntad, el público le aplaudió mucho, y punto en boca.

El tercero, cornigacho, cornicorto (y van tres) y bizco del derecho, estrecho y feo, hizo la pelea no dejando llegar y saliendo de huida generalmente, pero fué certero al herir, y en seis varas mató tres caballos; uno de ellos herido del toro anterior.

Hecho un buey llegó al segundo tercio, del cual se encargaron Galindo y el Barberillo, clavando el primero un par al cuarteo y medio al sesgo, y dejando el segundo un par delantero y caído, entrando después que le había desafiado el toro y dejándose coger materialmente por éste, que lo derribó, afortunadamente sin consecuencias.

Lagartija se vió negro para recoger con la muleta al buey, y después de 14 pases y 15 medios, le endilgó una estocada baja y atravesada, media muy ida y otra media tan ida como la anterior. El puntillero tuvo á bien ahondar la última desde la barrera, y el animal dobló.

Hay que advertir que hasta el preciso momento histórico en que se presentó en la plaza el cuarto toro, pequeño, sin cara ni cuernos (y van cuatro), el redondel había estado convertido en un herradero incalificable, sucursal de Villar de Bototi (Galicia), ó de Sorrodiles (Asturias).

Una nube más negra que las intenciones de la trifulca M. R. F. contra el público, se cernía en el cielo como toro pregonado. Un viento fuerte frío y soplabá del Nordeste. No bien hubo tomado el toro siete varas, cuando se desplomó sobre los espectadores y los toreros un diluvio de granizo, que en breves momentos inundó la plaza.

La gente de pelo trezado salió por pies por la puerta de Madrid; por pies salió también la gente sin trenza de los tendidos hacia las gradas y palcos, y quedaron solos en el ruedo el toro y un caballo blanco, difunto hasta las cachas.

Y sálvese el que pueda! Aguantamos la granizada hasta que asomó la cabeza un torero con dominó (dicen que era Cara-ancha), hizo señal de que el sainete se había acabado, nos echamos al barro que tamizaba la plaza, extramuros, y á casa, á mudarse desde los calcetines hasta la tirilla.

Y la Empresa se largó viento en popa, con tres toros, de los cuales dos quedaron incólumes y el otro se curará con salmuera, y la salmuera nos la pusieron á nosotros todos que pagamos íntegro el importe del billete y nos quedamos sin tres toros y además enlodados, mojados, resfriados, reumatizados y hechos cisco de retama.

Terminada la composición de esta reseña, y en el momento de ir á ajustar el número, un amigo llega á la imprenta y nos dice que la corrida ha continuado por empeño del Presidente, que tuvo un altercado con Rafael.

Después de retirado el cuarto toro al corral, por los mansos, el Presidente hizo la señal de salida y salió el mismo toro, que tomó una vara, llevó dos pares y medio de banderillas de Manene y el Torerito, y murió á manos de Lagartijo de una estocada ida y contraria, dos intentos de descabello, un metisaca, una atravesada y un descabello. El quinto toro mandó á Colita á la enfermería y pisoteó al Currinche á la salida de un par de banderillas (el banderillero fué por su pie á la enfermería). Cara-ancha mató al animal de un metisaca.

Como era de noche cuando arrastraron al toro, se suspendió la corrida.

En el número próximo nos ocuparemos detenidamente de esta serie de atrocidades.

Por hoy nos contentaremos con decir que entre el señor D. Agustín Puch, que presidió la corrida, y Rafael Molina Lagartijo, director de la Plaza, toda la razón está de parte de Rafael, que debió haber dejado al Presidente en su palco, y haber ordenado la retirada de los toreros.

DON JERÓNIMO.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27, MADRID.